CAPITULO VI

El Amado en el huerto.—El para Ella y Ella para El.—Hermosa, graciosa y terrible.—Sus ojos y cabellos.—Sus dientes y mejillas.—Las Reinas, las damas y las jovencitas.—La única Paloma.—Todos la alaban.—La aurora, la luna y el sol.—Nogales y manzanas, viñas y granados.—Aminadab.—Cuatro vueltas.—Voz de María.

VERSO 1.

Mi Amado ha bajado á su huerto, á la era de los aromas, á apacentarse en los huertos y cortar lirios.

VERSO 2.

Yo para mi Amado y mi Amado para mí, que apacienta entre los lirios.

Cuenta aquí el alma, que su amado Esposo la visitó bajando á su jardín, y

que, como noble y delicado, y amante de los buenos olores, se dirigió luego á aquel campo especial donde estaban sembradas las plantas aromáticas, ocupándose en regalarse con las frutas y en ir cortando lirios para hacer con ellos hermosos ramilletes. Y dice que se apacienta entre los huertos, porque en un huerto grande y espacioso, hay varios huertecillos pequeños, unos de puras flores, otros de rojas fresas, otros de distintos árboles y frutos; pero El prefiere la era de los lirios.

Nuestra muy amada Madre, la Virgen María, es por sí sola el huerto de delicias y el paraíso de Jesucristo; por lo mismo, en Ella personal y corporalmente habitó dentro de su seno por nueve meses, y en su alma y en su mente moró y habitó toda su vida. Así, dice San Gregorio Niseno, que el Señor bajó á su huerto, cuando descendió al vientre virginal de María, y en Ella y de Ella tomó carne. Ella es la era de los aromas por la fragancia de sus virtudes. Y el Señor se apacienta entre los lirios, porque vivió muy contento, deleitándose en

la pureza de la Virgen y de Señor San José, dos blancos lirios que le apacentaban, y á los cuales recíprocamente apacentaba con las santas delicias de la pureza y los sabrosos bocados del divino amor. Mas como María santísima tiene tantas familias de hijas suyas que la imitan, esas son las huertas en que Jesucristo también se apacienta, y riega y cuida los lirios y azucenas, que con su olor la recrean, hasta que llegue el tiempo en que vaya cortando los lirios para formar graciosos ramilletes y trasportarlos á su casa de la gloria, donde nunca se marchiten. ¡Oh Asociación de la Inmaculada, sé tú también un huerto olorosísimo y extensísimo, pues hoy abrigas más de doscientos millares de azucenas en tu seno: jardín abierto de la Reina María, crece siempre y consérvate siempre florido y ameno!

Estando, pues, en el huerto del Señor, y viéndolo ocupado en la recolección de los lirios, prorrumpe su Esposa en estas palabras: «Yo para mi Amado y mi Amado para mí; El, que entre lirios se apacienta.» María fué siempre de su

do, pues siempre le dijo: He aquí estra esclava; y sabido es que las esclavas pertenecían todas á su amo; y el Señor fué todo para ella, pues por eso le dijo el Angel: «Llena de gracia, el Señor es contigo:» ella fué del Señor desde el primer instante de su Concepción, y el Señor fué también de Ella desde entonces; y entre los lirios el alma y cuerpo de María se apacentaron gustosos, y en ellos tuvo sus delicias, y con su sangre los regó, y por fin los cortó de la tierra de este mundo para llevarlos, alma y cuerpo, los dos juntos, á embalsamar el eterno jardín de los cielos. Y por eso, al tener á su Madre allá á su lado, prorrumpe en estas alabanzas:

VERSO 3.

Hermosa eres, amiga mía;
suave y graciosa como Jerusalén, terrible como un campamento ordenado.

Varias veces repite en el sagrado Cántico estas palabras, que ya otras veces

hemos explicado; solamente que aquí á palabra hermosa junta otras llamándola suave y llena de decoro, es decir, de una gracia modesta y severa, comparándola con la ciudad de Jerusalén, pues acostumbran mucho los hebreos comparar las personas con las ciudades y también las ciudades con las personas. Y como Jerusalén era en efecto muy hermosa, ciudad llena de decoro por su templo verdaderamente magnífico, por eso con ella se compara la Esposa. Y como también estaba amurallada y pertrechada contra los enemigos, por eso se da á la Esposa el dictado de terrible, porque inspira terror y espanto á los que se atrevan á combatirla.

La Bienaventurada Virgen María es hermosa, sobre todo, por su Inmaculada Concepción; es suave, y entre todas mansa como le canta la Iglesia, y es graciosa, porque como le dijo el Angel, encontró gracia delante del Señor; es llena de decoro por su admirable modestia y reserva virginal, y es fuerte como un campamento ordenado, ó como dice el hebreo, como un ejército abanderado, esto

ue tiene levantadas todas sus ban-
s para ordenar el combate. Estu-
ndo la historia de la Iglesia, se ve que
Virgen María á cada enemigo que en
ella se levanta contra su divino Hijo y
contra los fieles también hijos suyos, le-
vanta y tremola una nueva bandera: así
cuando los paganos cautivaban á tantos
cristianos solicitándolos á apostatar de
la fe, apareciéndose á dos santos levantó
la bandera de la Redención de cautivos,
ordenando que se instituyese una Orden
bajo este título y con ese objeto; en
tiempo de los albigenses, que negaban
muchos de sus privilegios, levantó la ban-
dera del Santo Rosario, que dió á llevar al
Bienaventurado Domingo de Guzmán,
para que la llevase por toda la tierra; en
la furiosa tempestad levantada contra los
carmelitas levantó la bandera del admi-
rable escapulario, que dió á San Simón
Stok, como señal de amor y protección,
escapulario que forma las delicias de los
siervos de María; en el pasado siglo de
incredulidad é indiferencia religiosa, por
medio de una humilde Hermana de la
Caridad, levantó la bandera de la Meda-

lla milagrosa, con la cual se ha vencido
tanto á los demonios en la conversión de
los pecadores; y después ella misma se
levantó como bandera en Lourdes atra-
yendo á las muchedumbres, así como en
el Tepeyac es la bandera, siempre en-
hiesta y levantada sobre la santa colina,
para agrupar á sus soldados que en pia-
dosas peregrinaciones acuden á ella para
ponerse á su sombra y obtener vigor y
fortaleza contra sus enemigos. En este
siglo se espera la declaración dogmática
de la Asunción en cuerpo y alma de la
Virgen María, cuyo dogma de fe esta-
blecido entonces, será una nueva bande-
ra virginal terrible á los enemigos de
María, y á los de sus hijos y fieles sier-
vos. Y así vemos cómo nuestra amada
Madre, al mismo tiempo que es hermosa
delante de Dios, llena de decoro entre
los Angeles y dulce y suave para sus
devotos, es terrible para los demonios, á
quienes ha venido combatiendo sin ce-
sar,

VERSO 4.

Aparta de mí tus ojos, porque ellos
me hicieron volar.
Tus cabellos como manadas de cabras.

Aquí comienza el Esposo á hacer otra vez la descripción detallada de la hermosura de su Esposa, comenzando por los cabellos de que habla en este verso, y continúa en los que siguen alabando sus dientes y sus mejillas, como veremos. Mas alaba aquí por delante los ojos de su Amada con una expresión de inmenso cariño, de que suelen hacer uso los que mucho se aman: Aparta, quita de mí tus ojos, dulce amor mío, porque me hacen volar hacia tí; no me mires más con ellos porque me roban el corazón: son tan hermosos tus ojos, vida mía, que no puedo soportar la luz de su mirada; inclínalos un poco para que pueda mirarlos yo sin ser herido, pues ya otra vez me heriste con uno de tus ojos. Toda esta fuerza tiene la expresión de este

verso, y todo esto, y aun más, significa aquí el Señor diciendo á su Esposa: aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron volar. Las rectísimas intenciones, las preces ardentísimas de la Virgen María, fueron los ojos heridores que hicieron volar al Verbo Eterno desde el seno del Padre, para venir á aposentarse en el seno de la Madre: hízole volar desde el cielo hasta el suelo; hízole descender de las alturas de su gloria á la bajeza de nuestra tierra, así como desciende todos los días de su gloria al Sacramento, y de la Eucaristía al pecho de los fieles, á los hermosos ojos de la Virgen María, que cantaba un poeta:

¡Oh clarísimas luces, oh soles benditísimos,
Oh antorchas lucidísimas, astros esplendidísimos
Que esos ojos nos miren y que hacia tí nos lleven,
Y hasta el Sol de la gloria tu Jesús nos eleven!

VERSO 5.

Tus dientes como hato de ovejas
que subieron del lavadero, todas con crías
mellizas, y estéril no hay entre ellas.

VERSO 6.

Como corteza de granada así tus mejillas, sin lo que en tí está oculto.

Comenzaba á alabar en el verso anterior los cabellos de la Esposa, y aquí continúa encomiando sus dientes y sus mejillas, y esto con las mismas comparaciones del capítulo cuarto, donde pueden verse explicadas. Aquí sólo añadiremos, que los mismos siervos de María pueden místicamente figurar la belleza de su rostro, las almas contemplativas que la miran, y entre día la traen presente y no apartan de Ella sus miradas; esas son sus ojos que atraen al Señor, pues donde está María está siempre Jesucristo; los cabellos hermosos, arreglados y lucientes, son las Ordenes y Asociaciones que le están consagradas, pues sus miembros son numerosos como los cabellos, y penden de su cabeza y la adornan, porque á Ella sirven y á Ella pertenecen; los dientes son los doctores y escritores que mastican y

desmenuzan las divinas Escrituras y los escritos de los Padres, para extenderlos y propinarlos al cuerpo de los fieles: todos con crías mellizas, porque hablan siempre de María como Madre de Dios y Madre de los hombres; y estéril no hay entre ellos, porque siempre es fecundo el que escribe de María y trabaja por ella. Las mejillas como corteza de granada, ó como corona de granada según otros traducen, son las santas vírgenes pálidas por la penitencia, como el color de la granada por fuera; pero que agrupadas en derredor de su amantísima Madre, le forman como una corona con las flores de la castidad y la pureza. ¡No puedo menos de acordarme de vosotras, queridas hijas de mi querida Madre! permaneced siempre en sus mejillas; sed siempre flores y estrellas de su corona, mientras llega el día feliz en que Ella os lleve á ser coronadas por su Jesús allá en la gloria.

VERSO 7.

Sesenta son las reinas
y ochenta son las damas, y las jovencitas
son sin número.

VERSO 8.

Una sola es mi paloma, mi perfecta;
única es de su madre escogida,
de la que le dió el ser.
Viéronla las hijas, y la predicaron
muy bienaventurada, las reinas
y las damas, y la alabaron.

Aquí declara Jesucristo que las almas perfectas, llamadas reinas porque han sabido dominar sus pasiones, son sesenta, es decir, pocas entre tantos millares y millones de cristianos; las damas, esto es, las almas que ya van aprovechando en la virtud, pero que aún no han llegado á reinar sobre sí mismas, son ochenta, es

decir, muchas; y las jovencitas, las almas que van comenzando y dando los primeros pasos por los caminos del Señor, son innumerables, con relación á las almas aprovechadas y á las perfectas. En cuanto á la paloma, es única y una sola: ¿Y quién podrá no saber quién es ella? ¿quién entre todos los cristianos podrá ignorarlo? la paloma es la Esposa del Espíritu Santo, la única Madre del único Hijo del Padre; la una sola Hija del Padre preservada del pecado; la única de la Iglesia su Madre; la bendita entre las mujeres, escogida entre todas. «Esta es paloma por su fecundidad (dice el Abad Guillermo) y mía por la novedad de su alumbramiento; Ella es mi paloma, de la cual soy el polluelo; ella es mi perfecta, porque nada le falta para la gracia y la gloria, cuya fecundidad no empañó su virginidad, ni su virginidad ignoró su fecundidad..... Ella es la escogida de su Madre, singularmente elegida para el ministerio de la Redención y de la regeneración de la gracia. Viéronla sus hijas y la llamaron muy bienaventurada, porque todas las almas fieles siempre esta-

rán realizando el anuncio que hizo ella misma cuando dijo: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Y las reinas y las damas la alabaron, porque las almas contemplativas y activas siempre cantan sus loores y encomian sus virtudes y ensalzan sus glorias.»

Este verso es muy precioso y conviene especialísimamente á nuestra muy amada Madre; porque Ella es Virgo singularis, Virgen única en todo: una y única en su Concepción sin mancha; una y única en su maternidad divina; una y única en su virginidad perpetua; una y única en su coronación gloriosa; una y única en el poder de su intercesión y en la ternura de su misericordia. Alábenla, pues, sus hijas: véanla con la consideración y aun con los ojos corporales en sus imágenes, las reinas y las damas, las religiosas coronadas en los monasterios, las damas que le hacen corte en medio del mundo, todas, todas á una no se cansen jamás de alabarla y bendecirla!

VERSO 9.

¿Quién es esta que marcha
como el alba al levantarse, hermosa
como la luna, escogida como el sol,
terrible como un ejército de escuadrones
ordenados?

Este es uno de los versos que muy frecuentemente se aplican á María Santísima, ya sea por la Iglesia en varias de sus festividades, ya sea por los oradores que predican sus misterios, ya sea por los autores que ensalzan sus glorias, y así, iremos diciendo los varios sentidos en que pueden entenderse. Y primeramente el Abad Ruperto dice: que la Virgen María fué aurora en su nacimiento, luz en su alumbramiento, sol en su Asunción. Como son muy hermosas sus palabras, vamos á trascribirlas. Habla con la Virgen Santísima y le dice así: «Cuando tú naciste, oh bienaventurada Virgen, nació para nosotros la aurora nuncia del sempiterno día, pues como la au-

rora es el fin de la noche que termina y el principio del día siguiente, así tu Natividad fué el fin de los dolores y principio de la consolación, el acabar de la tristeza y el comenzar de nuestra alegría. Mas cuando el Espíritu Santo sobrevino sobre tí y concebiste al Señor en tus entrañas, desde entonces fuiste hermosa, y no como quiera, sino como la luna, pues así como ella luce y alumbra con luz que no es suya, sino que el sol se la presta, así tú, oh felicísima, alumbras á todos con la luz que Dios te comunica, pues eres llena de gracia. Y cuando llevada de este mundo fuiste trasladada al etéreo tálamo, entonces fuiste escogida como el sol, pues si á tu Hijo adoramos como al sol verdadero y como verdadero Dios, así también á tí te honramos y veneramos como á verdadera Madre de Dios, sabiendo que todo el honor tributado á la Madre, redunda indudablemente en gloria del Hijo.»

San Bernardo dice que la gloriosa Virgen es una antorcha encendidísima, cuya luz prodigiosa llenó de admiración á los mismos Angeles, que al ver su ine-

fable claridad, maravillados preguntaban: ¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna, escogida como el sol? El Papa Inocencio III indica una excelente consideración, diciendo que la Virgen María es aurora para los Angeles, que la miran aparecer regocijados, y es sol que alumbra el día de los justos, y luna que esclarece la noche de los pecadores, pues así como la luna sirve á los caminantes nocturnos y les ayuda con su luz á no extraviarse, ó si se han extraviado los guía al buen camino, así la Madre de Dios les alcanza luz y gracia para salir del extravío de las culpas y para no perderse más en el abismo de las iniquidades.

De la aurora han dicho mucho los santos Padres: que es el fin de la noche y el principio del nuevo día; que es nuncio y testigo de la venida del sol; que hace huir á las bestias feroces y cantar á las aves del cielo; que hace caer el blanco rocío que humedece y fecunda la tierra; que no sólo anuncia el sol, sino que le concibe y produce. Nosotros he-

mos hecho notar cuánta es la grandeza de nuestra muy amada Madre al compararla con la más luciente de la naturaleza, y sobre todo, al llamarla sol, diciendo algo de las maravillas de este astro (Homil. Fuente y Río, Luz y Sol. 2). Lo que consta en este verso es la graduación de la luz de la aurora á la luna, y de ésta al sol, lo que indica el incremento de la gracia en la Santísima Virgen, por lo cual puede aplicarse á su Concepción y nacimiento en que la aurora despuntó, á su maternidad divina donde recibió en sí á la Luz eterna, como la luna recibe la luz del sol, y á su gloriosísima Asunción y coronación en los cielos, donde quedó muy unida y semejantísima al sol eterno de Jesucristo.

En cuanto á la segunda parte del verso: Terrible como un ejército de escuadrones ordenado, oigamos á San Bernardo: «No temen tanto los enemigos visibles un copioso ejército desplegado para el combate, como las potestades del aire temen el patrocinio y el ejemplo de María y hasta el resonar de su nombre; donde quiera que encuentran su frecuente

recuerdo, su devota invocación y su cuidadosa imitación, se escurren y perecen como la cera á la faz del fuego.» Ya en el verso tercero donde dice esta misma frase, hemos notado que María, dulce y suave para con sus hijos, sólo es terrible para con los demonios y para los herejes, que son la raza de la serpiente. Tomás de Kempis escribe, que como al ruido del trueno amedrentadas las bestias salvajes corren temblando á esconderse en sus madrigueras, así los demonios huyen despavoridos al oir el nombre de María y no paran hasta ocultarse en sus negras cavernas.

VERSO 10.

Descendí al huerto de los nogales
para observar las manzanas
de los valles, y observar si la viña
ha florecido y si han brotado
las granadas.

¿Quién es el que habla aquí, es el Esposo ó la Esposa? Aunque algunos doc-

tores lo han atribuído á ésta; pero San Jerónimo y San Gregorio dicen que son palabras del Esposo. Los nogales ó las nueces significan los trabajos que cuestan los pecadores para sufrirlos y enmendarlos, pues para llegar á comer la nuez hay cinco trabajos: arrancarla con fuerza del árbol; quitarle una corteza gruesa que la envuelve; después quebrantarla; en seguida extraer el núcleo en ella aprisionado, y por fin, desnudarla de otra túnica sutil y muy pegada que la cubre.

Las nueces, pues, representan, ya la dureza de los pecadores habituados y obstinados, y ya también la macicez y robustez de los justos que, reteniendo por dentro, dice San Gregorio, dentro de su cuerpo la divina sabiduría, esconden el núcleo bajo la corteza. Y estas almas por dentro llenas de suavidad, aparecen ante los hombres como viles y despreciables, porque se ignora cuán dulce bocado por dentro llevan.

Las manzanas de los valles significan la humildad y la mansedumbre; las viñas en flor, la meditación de la pasión del Se-

ñor, y los granados en germen, la unión, concordia y caridad fraterna.

El Señor dice á su santísima Madre que descendió á las almas de los justos como al huerto de nogales, de virtudes sólidas y substanciosas, y también al huerto de los duros pecadores, como para excitarla á que ella también baje ya á recrearse en el jardín de las almas de sus devotos, ya á trabajar en la conversión de los endurecidos pecadores.

VERSO 11.

No lo supe: mi alma se conturbó por los carros de Aminadab.

VERSO 12.

Vuélvete, vuélvete Sunamitis:
vuélvete, vuélvete para que te miremos.

Aquí es la Esposa la que habla, diciendo que no sabía, que ignoraba que el Es-